

dí, por una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la obscuridad de la noche. Vmd. debe ignorar que las armas son variables. No lo son para mí, replicó con arrogancia, y voy á hacer ver á Vmd. que así en el dia como en la noche sé castigar los atrevidos que siguen mis pasos.

A este orgulloso discurso solo respondí echando pie á tierra, lo qual hizo tambien Don Agustin. Atamos nuestros caballos á un arbol, y principiamos á pelear con igual vigor. Confieso ingenuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas mejor que yo, no obstante de llevar dos años de enseñanza. El estaba perfeccionado en la esgrima, y así no podia exponer mi vida á mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que el mas fuerte es vencido por el mas flaco, mi ribal recibió una estocada en el corazon á pesar de su habilidad, y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de recreo, en donde dixé lo que habia pasado á mi ayuda de cámara, cuya fidelidad me era conocida. Dixele despues: mi amado Ramiro, antes que la Justicia pueda saber el caso toma un buen caballo y vé á informar á mi tia del suceso: pídele de mi parte oro y joyas, y ven á juntarte conmigo á Plasencia. En la primera hostería, como se entra en la Ciudad, me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta exac-

titud que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Me dixo que Doña Leonor mas se habia alegrado que afligido de un combate que repararia la afrenta que habia recibido en el primero, y que me enviaba todo el oro y pedreria que tenia, para que viajára alegremente por paises extrangeros mientras que ella componia mi negocio.

Omitiendo las circunstancias superfluas diré que atravesé Castilla la Nueva para ir al Reyno de Valencia, y me embarqué en Denia. Pasé á Italia, en donde me puse en estado de reconocer las Cortes, y presentarme con decencia.

Quando lejos de mi Elena pensaba yo engañar mi amor y tristezas lo mas que me fuera posible, esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones que su familia hacia contra mí por la muerte de Oliguera, por el contrario deseaba que una pronta compostura las hiciese cesar y aligerar mi vuelta. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia hubiera triunfado siempre del tiempo, si solo hubiera tenido que combatir con éste; pero tenia todavía enemigos mas poderosos. Don Blas de Convados, hidalgo de Galicia, vino á Coria á recoger una rica herencia que le habia sido disputada en vano por Don Miguel de Caprara, su primo, y se habia establecido en este pais por haberlo encontrado mas agradable que el suyo. Convados era bien hecho, parecia dulce y po-

lítico, siendo al mismo tiempo el mas insinuante. Presto tomó conocimiento de todas las gentes decentes de la ciudad, y de los negocios de los unos y los otros.

No ignoró mucho tiempo que Don Jorge tenia una hija, cuya peligrosa hermosura parecia inflamar los hombres para su desgracia, cosa que picó su curiosidad. Quiso ver una señora tan temible, y habiendo buscado para este efecto la amistad de su padre, supo ganarla tan bien que el viejo le miró ya como yerno, y le dió entrada en su casa, con la libertad de hablar en su presencia á Doña Elena. El Gallego nada tardó en enamorarse; esto era inevitable: se declaró con Don Jorge, quien le dixo que convenia en su pretension; pero que no queria precisar á su hija, y que así la dexaba señora de la eleccion. En consecuencia de esto, Don Blas puso en uso todas las galanterias que le fueron imaginables para agradarla; pero estaba tan preocupada conmigo que no fue escuchado. Felicia sin embargo se habia interesado por aquel Caballero, habiéndola obligado con regalos á contribuir á su amor, y así empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte el padre ayudaba á la criada con sus persuasiones; y con todo, en un año entero no hicieron mas que atormentar á Doña Elena, sin poder hacerla infiel.

Viendo Convados que Don Jorge y Felicia se interesaban en vano por él, les propuso

un

un expediente para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada. Ved aquí, les dixo, lo que he pensado: supondrémos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante Italiano, en la qual despues de haber hablado largamente de las cosas concernientes al comercio, se leerán las palabras siguientes: „ Poco tiempo hace que llegó á la Corte „ de Parma un Caballero Español, llamado Don „ Gaston de Cogollos. Dice que es sobrino y „ único heredero de una viuda rica que vive „ en Coria con el nombre de Doña Leonor de „ la Xarilla: este pretende á la hija de un Señor poderoso; pero no quieren aceptar hasta „ haberse informado de la verdad; y á mí se „ me ha encargado me dirija á Vmd. Dígame, „ le suplico, si conoce á este Don Gaston, y „ en qué consisten los bienes de su tia. La respuesta de Vmd. decidirá este casamiento. Parma, y &c. „

Esta trampa pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados; la criada todavia menos escrupulosa que el buen hombre la aprobó mucho. La invencion les pareció tanto mejor quanto que conocian la fiereza de Elena, la qual como no sospechára la picardía era capaz de tomar partido en la misma hora. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarla por sí mismo mi mudanza, y para que pareciera la cosa mas natural, hacerle hablar al mercader que habia recibido de Parma la pre-

II 2

ten-

tendida carta. Executaron el proyecto como lo habian formado. El padre con una emocion que aparentaba cólera y despecho la dixo: hija mia Elena, nada mas te diré sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamas permita éntre en nuestra familia el matador de Don Agustin, y hoy tengo otra razon mas fuerte para apartarte de Don Gaston. Avergüenzate de serle tan fiel. El es un voltario, un perfido: vé aquí una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esta carta, que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia. La asustada Elena tomó el supuesto papel, pasóle por la vista, examinó todos los términos, y quedó oprimida con la nueva de mi inconstancia. Un sentimiento de ternura la hizo derramar algunas lágrimas despues; pero presto recobrandó su fiereza las enxugó, y dixo á su padre con tono firme: señor, Vmd. acaba de ser testigo de mi flaqueza, seálo Vmd. tambien de mi victoria. Esto es hecho, Don Gaston me es ya despreciable; en él solo veo el mas indigno de todos los hombres. Nada mas hablémos. Vamos, no tengo que mirar, dispuesta estoy á seguir á Don Blas hasta el altar. Ojalá que mi himeneo preceda al de aquel pérfido que tan mal ha correspondido á mi amor. Don Jorge transportado de alegría al oír estas palabras abrazó á su hija, alabó la vigorosa resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del feliz suceso de la estratagemá se dió priesa á cumplir los deseos de mi rival. De

este modo me quitaron á Doña Elena. Esta se entregó precipitadamente á Convados sin querer dar oídos al amor que la hablaba por mí en su corazon, ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una apasionada. La orgullosa solo escuchó á su presuncion. El resentimiento de la injuria que imaginaba habia yo hecho á su hermosura, superó al interes de su amor. Sin embargo, pocos dias despues de su casamiento tuvo algunos remordimientos de haberlo precipitado: se la previno que la carta del mercader podia haber sido fingida, cuya sospecha la inquietó; pero el cariñoso Don Blas no daba lugar á que su muger abrigase ideas contrarias á su reposo. No pensaba mas que en divertirla, y lo conseguia por una sucesion continua de placeres diferentes, teniendo el arte de inventarlos.

Se manifestaba gustosa con un esposo tan amable, vivian perfectamente unidos, quando mi tia compuso mi negocio con los parientes de Don Agustin, cuyo aviso recibí en Italia inmediatamente. Estaba entónces en Regio en la Calabria Ulterior. Pasé á Sicilia, de allí á España, y con las alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor que no me habia escrito el casamiento de la hija de Don Jorge me lo dixo á mi llegada, y observando que me affigia dixo: haces mal, sobrino mio, de mostrarte tan sensible á la pérdida de una dama que

que no ha podido serte fiel. Créeme, destierra de tu corazon y memoria una persona que no es digna de ocupar tu voluntad.

Como mi tia ignoraba que se habia engañado á Doña Elena, tenia razon de hablarme así, y no podia darme consejo mas discreto; así prometí seguirlo ó á lo menos afectar un ayre indiferente, ya que no era capaz de vencer mi pasion. No pude resistir al deseo de saber de qué modo se habia compuesto aquel casamiento. Para instruirme resolví ver á la amiga de Felicia, es decir, á la señora Teodora, de quien ya he hablado. Fuí á su casa, en donde por casualidad encontré á Felicia, la que estando muy agena de verme se turbó y quiso salir por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve: ¿por qué huyes de mí? ¿No se contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿Te ha prohibido oír mis quejas? ¿Tú huyes solamente por hacer mérito con la ingrata de haber rehusado oirlas?

Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde; no puedo ver á Vmd. sin sentirme despedazada con mil remordimientos. Mi ama ha sido seducida, y yo tengo la desgracia de haber sido cómplice en el engaño. Despues de esto, ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á Vmd.? ¡Ah Cielos! repliqué yo con sorpresa, ¿qué me dices? Explicáte con mas claridad. La criada entonces me contó circunstanciadamente la estratagemade

de que se habia servido Convados para robarme á Doña Elena; y habiendo percibido que su narracion me affigia mucho se esforzó para consolarme: me ofreció sus buenos oficios para con su ama, me prometió desengañarla, y en una palabra, no escasear nada para endulzar el rigor de mi hado: en fin me dió esperanzas que mitigaron un tanto mis penas.

Dexando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de Doña Elena para que consintiera en verme, sin embargo lo consiguió. Resolvieron entre ellas que entraria secretamente en casa de Don Blas la primera vez que éste saliera para una hacienda á donde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en donde se estaba por lo comun un dia ó dos. Este designio se executó de allí á poco; el marido partió para el campo, cuya noticia me advirtieron, é introduxeron en el aposento de su muger.

Quise principiar con reprehensiones; pero se me cerró la boca. Es inútil traer á la memoria lo pasado, dixo la señora; aquí no se trata de enternecernos el uno al otro, y Vmd. se engaña si me cree dispuesta á lisongear su afecto. Yo declaro á Vmd., Don Gaston, que no he dado mi consentimiento para esta secreta conferencia, ni he cedido á las instancias que se me han hecho por otra cosa que por decir á Vmd. de viva voz que no debe en adelante pensar mas en mí. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suer-

suerte, si esta se hubiera unido á la de Vmd.; pero pues que el Cielo lo ha ordenado de otro modo, quiero obedecer sus mandatos.

¿Pues qué, señora, la respondí; no basta con haberos perdido? ¿y con ver al feliz Don Blas poseer tranquilamente la única persona que soy capaz de amar? ¿Es preciso que además os destierre de mi pensamiento! ¿Vmd. quiere quitarme mi amor y el único bien que me queda! ¿Ah, cruel! ¿Pensais sea posible vuelva á recobrar su corazón un hombre á quien lo robasteis? Conoced mejor como obráis, y no me exhortéis en vano á que os aparte de mi memoria. Está bien, replicó ella con precipitación, pues cese Vmd. también de esperar que tenga ningún agradecimiento á su pasión. Solo una palabra tengo que decir á Vmd.: la esposa de Don Blas no será cortejo de Don Gaston; obre Vmd. sobre este supuesto. Retírese Vmd. añadió. Acabemos prontamente una conversacion que me repruebo á pesar de la pureza de mis intenciones, y que juzgaria culpable si la prolongase.

Al oír estas palabras que me quitaban toda esperanza, caí á los pies de la dama. La hablé con la mayor ternura, y empleé hasta las lágrimas para enternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de excitar acaso algunos sentimientos de piedad, que tuvo buen cuidado de ocultar, y que fueron sacrificados á su obligacion. Despues de haber agotado infructuosamente las

expresiones tiernas, las súplicas y las lágrimas, mi ternura se mudó de repente en furor: saqué mi espada para atravesarme en presencia de la inexorable Elena; quien apenas percibió mi acción, quando se arrojó sobre mí para precaver las consecuencias. Deteneos, Cogollos, me dixo: ¿es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion? Quitándoos así la vida vais á deshonrarme, y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion en que me hallaba, lejos de atender á estas palabras como debia, no pensaba mas que en engañar los esfuerzos que hacian el ama y la criada para salvarme de mi mano funesta, lo qual sin duda hubiera conseguido facilmente, si Don Blas, que habia sido advertido de nuestra conferencia, y que en lugar de oír al campo se habia ocultado tras de una tapicería para oír nuestra conversacion, no hubiera venido corriendo á unirse á ella. Señor Don Gaston, exclamó deteniéndome el brazo, recóbrese Vmd. y no ceda cobardemente al furor que le agita.

Yo interrumpí á Convados diciéndole, ¿es Vmd. quien me aparta de mi resolución? ¿Vmd. que deberia mas bien darme de puñaladas? Mi amor aunque desgraciado os ofende. ¿No es suficiente delito que me hayais sorprendido de noche en el aposento de vuestra esposa? ¿Se necesita mas para excitar la venganza? Heridme para libraros de un hombre que no puede

dexar de adorar á Doña Elena mientras viva. Es en vano, me respondió Don Blas, que Vmd. procure interesar mi honor para que le dé la muerte. Demasiadamente castigado queda Vmd. de su temeridad; y yo quedo tan gustoso con los sentimientos virtuosos de mi esposa, que la perdono la ocasion en que se ha puesto de manifestarlos. Creédme, Cogollos, añadió, no os desesperéis como un flaco amante; someteos con valor á la necesidad.

El prudente Gallego con estos y otros semejantes discursos calmó poco á poco mi furor y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de apartarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos días despues me volví á Madrid. Allí no habiendo querido ocuparme en otro cuidado que en el de mi fortuna, principié á presentarme en la Corte y á ganar amigos; pero he tenido la desgracia de estrecharme con el Marques de Larrevilla, gran Señor Portugues, el qual, habiéndose sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los Españoles, está hoy en el Castillo de Alicante. Como el Duque de Melar ha sabido que yo era íntimo amigo de aquel señor, me ha hecho prender y conducir aquí. El Ministro cree que puedo ser cómplice en tal proyecto, cuyo ultrage es el mayor para un hombre noble y Castellano.

Aquí cesó de hablar Don Gaston, y yo le consolé diciendo: señor caballero, el honor de

Vmd.

Vmd. no puede recibir ninguna lesion en esta desgracia, la qual en lo sucesivo sin duda servirá á Vmd. de provecho. Quando el Duque de Melar se instruya de su inocencia no dexará de darle un empleo considerable para restablecer la reputacion de un hidalgo acusado de traicion injustamente.

